



Desde la *Evangelii gaudium* y
desde nuestra forma de evangelizar
un nuevo estilo evangelizador
para nuestra diócesis

Gerardo Melgar Viciosa
Obispo Prior de Ciudad Real

Edita: Diócesis de Ciudad Real
c/ Caballeros, 5 13001 Ciudad Real
Correo electrónico: comunicacion@diocesisciudadreal.es
Diseño y Maquetación: Delegación Diocesana de Comunicación.
Imprime: Artes Gráficas Garrido.

Desde la *Evangelii gaudium*: un nuevo estilo evangelizador para nuestra diócesis
Depósito Legal: CR 258-2020

© Todos los derechos reservados

Desde el estilo
evangelizador y misionero
del papa Francisco
plasmado en su
exhortación apostólica
Evangelii gaudium

Remiramos y revisamos
nuestra forma
de evangelizar hoy
en esta iglesia de Dios
en Ciudad Real

y nos trazamos
el estilo nuevo de hacerlo,
que propone el mismo Papa
en su exhortación,
en orden a lograr
una verdadera conversión pastoral.

Introducción

Queridos hermanos sacerdotes y todos los agentes de evangelización:

Durante seis sesiones, tanto en el Consejo Presbiteral como en el de Pastoral, hemos estado haciendo algo que el papa Francisco encomienda encarecidamente para no caer en hacer lo de siempre aunque no evangelice. Hemos hecho una revisión de cómo estamos evangelizando, cómo estamos nosotros como evangelizadores y hasta dónde debe llegar nuestra conversión para llegar y responder a los hombres y mujeres de esta nueva **época** que estamos viviendo, -nueva “era”, lo llaman algunos- con sus cambios profundos, especialmente respecto a la valoración y la vivencia de la fe.

Lograr la evangelización de este *hombre nuevo* que ha surgido, es algo que, en principio, nos importa e interesa a todos y a todos nos gustaría hacer realidad en nuestro trabajo pastoral una verdadera evangelización misionera, aunque para ello tengamos que cambiar determinados parámetros, actitudes y formas de hacerlo, tanto en lo personal como en nuestra condición de evangelizadores en nuestras parroquias, en el arciprestazgo y en la diócesis.

Deseamos en lo más hondo de nuestra alma sacerdotal lograr una vivencia ilusionada y llena de ardor pastoral de nuestra acción evangelizadora y misionera en este mundo que es como es, y que nos ha tocado vivir, y a cuyo corazón tenemos que llevar el anuncio de Jesucristo, lo cual no siempre es fácil.

Para realizar esta revisión y descubrir los nuevos caminos a recorrer, hemos tenido en todo momento como referencia la exhortación apostólica del papa Francisco *Evangelii gaudium*. Esa exhortación programática que el Papa nos ha regalado a toda la Iglesia, en la que nos muestra un camino de alegría y gozo, cuya puesta en práctica nos ayudará a levantar a todos el ánimo, la ilusión evangelizadora y el ardor pastoral, porque intentando hacer realidad su espíritu encontraremos verdadero sentido a nuestros esfuerzos de renovación de nuestra vida personal, ministerial, parroquial y diocesana como agentes de evangelización en la Iglesia del siglo XXI.

Hemos revisado nuestra acción evangelizadora y misionera en sintonía con las insistentes llamadas a vivir un tiempo de «conversión pastoral misionera» del papa Francisco, en continuidad siempre con el Concilio Vaticano II y con los papas que han pastoreado la Iglesia universal.

El papa Francisco nos invita a hacer lo que hemos hecho en estas seis sesiones anteriores tanto del consejo presbiteral como del de pastoral: **repensar nuestra forma de evangelizar, hacer una revisión de nuestra acción evangelizadora como evangelizadores** de esta Iglesia del Señor en Ciudad Real. No para que nos desanimemos, sino para todo lo contrario; para que, desde lo que constatamos en la realidad de nuestro ministerio pastoral, seamos capaces de abandonar lo que no evangeliza y que tantas veces nos estresa, y potenciar todo cuanto consideramos que evangeliza de verdad y que, tal vez, no hemos puesto en marcha por falta de audacia o por no saber cómo hacerlo.

Dice el papa Francisco en el número 33 de la exhortación: «La pastoral en clave misionera pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo, los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en su sabio y realista discernimiento pastoral» (Eg 33).

Porque lo que nos ha servido de base en nuestro volver a mirar, en nuestra revisión de nuestra acción pastoral, evangelizadora y misionera concreta en nuestra diócesis, ha sido el contenido de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Me parece muy importante que refresquemos el contenido de dos aspectos: cómo hemos de **entenderla e interpretarla** y cuáles son las **insistencias que el Papa** establece en ella. El conocimiento de estos dos aspectos nos ayudará a descubrir, fundamentar y comprometernos con más exigencia en la puesta en práctica de este nuevo estilo evangelizador y misionero que hemos visto necesario hacer realidad a través de unas propuestas concretas y esclarecedoras .

El contenido de este documento que os presento le voy a desarrollar en un doble momento:

- a. Adentrándonos en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* conocer sus **claves de interpretación** y conocer igualmente las **insistencias más importantes y constantes más repetidas** por el papa Francisco, como punto de partida para ilu-

minar el estilo evangelizador que el Papa nos está pidiendo, como evangelizadores aquí y ahora, es decir en la Iglesia que peregrina en Ciudad Real y en este momento histórico que nos ha tocado vivir y estamos viviendo.

b. Desde las insistencias y constantes repetidas por el Papa, y desde las aportaciones que hemos hecho en nuestra revisión, voy a tratar de ofrecer **un estilo evangelizador y misionero de actuación pastoral, concretado en unas propuestas positivas a poner en práctica** en nosotros como evangelizadores, en nuestras comunidades parroquiales, en nuestros arciprestazgos y en toda la diócesis.

Las propuestas concretas que reflejen este nuevo estilo evangelizador y misionero no son otras que las que hemos expresado y compartido en nuestros consejos diocesanos, Presbiteral y de Pastoral, como propuestas que nos animen, ilusionen y comprometan a que nuestra acción evangelizadora sea cada vez más misionera. Con este estilo evangelizador y misionero respondemos mejor a las necesidades que el hombre actual tiene. Ayudaremos especialmente a los alejados de la fe a encontrarse con Jesucristo, conocerle y amarle.

Capítulo I

1. Claves de interpretación y constantes repetidas en toda la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco

A. Claves de interpretación de la exhortación

El papa Francisco quiere que la exhortación *Evangelii gaudium* se la considere como un documento **programático para toda la Iglesia** con el objetivo de levantar el ánimo a la Iglesia y a las personas que trabajan en las tareas evangelizadoras. Nos recuerda a todos que: «Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo, y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos» (Eg 11).

1. «Novedad y alegría del Evangelio»

La *Evangelii gaudium* nos sitúa en la rampa de lanzamiento dirigida a asumir decisiones creativas y arriesgadas en orden a que nuestra vida pastoral sea realmente un servicio auténtico, válido hoy para el anuncio de Jesucristo y del evangelio al hombre actual.

La vida del cristiano no puede girar en torno a la categoría de *ley* ni utilizar la formulación en clave de *obligación*, sino en categoría y clave de anuncio de Cristo y su mensaje como novedad y fuente de alegría.

El tema de la exhortación no es la evangelización en general, sino, como dice el subtítulo, el anuncio del Evangelio.

2. Nuevas formas, palabras y contenidos

El papa Francisco invita a la Iglesia a **ser audaces y creativos**:

«La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del ‘siempre se ha hecho así’. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades».

Evangelii gaudium, 33.

Esto significa: **audacia** para **re-pensar, re-visar, re-organizar estructuras, estilos y métodos**. Nos invita a pararnos y a pensar de nuevo lo que damos ya por conocido.

3. Nuevos métodos

Estamos en tiempos de nueva evangelización. Esta no puede ser llevada a cabo con el viejo estilo que no responde a las urgencias de nuestro mundo; ni con el lenguaje de siempre, que resulta muchas veces incomprendible a nuestros contemporáneos, ni insistiendo en los aspectos negativos de la sociedad actual.

El papa Francisco nos dice:

«El sueño del discípulo no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora».

Evangelii gaudium, 24.

La nueva evangelización requiere **otros métodos: el método del aprecio y no del desprecio; el método de confiar en el trigo más que en arrancar la cizaña, el método de la fe con el que el agua se puede convertir en vino bueno**. Estamos demasiado acostumbrados a fijarnos en lo negativo, dando así demasiada importancia al mal.

El método de la nueva evangelización no es ingenuo –porque reconoce el poder del Maligno–, pero hace justicia al bien: dialogando con todas sus expresiones, apreciándolo, dignificándolo, acogéndolo humildemente allá donde se encuentra. Y parte de la convicción de que allí donde abundó el mal, sobreabundó la gracia (cf. *Rom* 5, 20).

El **método del aprecio** es propuesto constantemente por la exhortación a través de una simple palabra, pero conjugada de muchas formas: se trata de la palabra **mirada**.

El papa Francisco nos dice que **no sirve «el exceso de diagnóstico», ni «una mirada puramente sociológica»**. Es la **mirada del discípulo misionero** que se alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo (Cf. *Eg* 50). Una mirada de fe sobre la realidad no puede dejar de reconocer lo que siembra el Espíritu Santo (*Eg* 68), «lo que Él derrama siempre en medio de la oscuridad, sin olvidar que dónde abundó el pecado sobreabundó la gracia (*Rom* 5, 20)» (*Eg* 84). «Una mirada de fe que descubra al Dios que habita en los hogares, en las calles y en las plazas de nuestras ciudades» (*Eg* 71).

La nueva evangelización nos pide tener hacia la realidad otra mirada: no la mirada «impudorosamente enferma de curiosidad malsana», sino «la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro, cuantas veces sea necesario» (Eg 169), «la mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (Eg 169).

«No es una mirada incrédula, negativa y desesperanzada, sino una mirada espiritual, de profunda fe, que reconoce lo que Dios mismo hace».

Evangelii gaudium, 282.

Necesitamos mirar el mundo con «la mirada de Jesús que se amplía y se dirige, llena de cariño y de ardor, hacia todo su pueblo» (Eg 268), «la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar» (Eg 125).

4. Estilo literario diferente:

Las palabras también configuran este nuevo andamiaje eclesial. Para ello Francisco ha utilizado unas palabras y no otras, por ejemplo, la palabra **amor** (aparece 154 veces), **alegría** (109), **pobres** (91), **paz** (58), **justicia** (37), **encuentro** (34), **dignidad** (23), **bien común** (15).

2. Constantes repetidas en toda la exhortación

A. Una Iglesia en estado permanente de misión:

La misión representa el mayor desafío para la Iglesia en la actualidad. «La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia [...], hace falta pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera» (Eg 15). La salida de sí hacia el hermano es una absoluta prioridad (Eg 179).

«Hay que poner a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres» (Eg 97). Lo cual debe afectar a todos que somos llamados a esta nueva salida misionera.

«Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado» (EG 20).

«Procurar que todas las estructuras se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida».

Evangelii gaudium, 27.

Ahora bien, se trata de **una salida con una dirección, un destino**. Han de medirse las posibilidades y necesidades. La salida es un *kairós* necesario y valiente que exige renunciaciones, dejar lo conocido y ponerse en camino en un trayecto largo y no fácil. La salida implica vida.

Estar en *operación salida* habla, en primer lugar, de **provisionalidad y urgencia**. Demasiadas costumbres guardadas pueden ser una fuerte herencia, pero no dejan de ser un peso para quien necesita mirar lejos y mirar bien.

La provisionalidad asumida obliga, sin duda, a dejar lugares y estilos que en algún momento fueron legítimos, pero que ahora no lo son. Es imprescindible que la salida se desarrolle con orden y esté guiada. La exhortación nos invita a salir; pero a salir en actitud de «intimidad itinerante» y «comunidad misionera» con Jesús (Eg 23).

«No es lo mismo caminar con Él, que caminar a tientas... El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo, con Él en medio de la tarea misionera».

***Evangelii gaudium*, 266.**

La invitación a *salir* implica un punto de partida y un punto de llegada, saber de donde salgo y adonde quiero llegar.

B. Tres fuerzas que frenan esta actitud de salida

El papa Francisco nos habla de algunas fuerzas que nos frenan: la **comodidad**, la **acedía** y la **mundanidad**.

b.1. La comodidad nos lleva a *encerrarnos*, a escapar de los demás, a negarnos a compartir y a dar: «Eso no es más que un lento suicidio» (Eg 272). Algunos dicen: «¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importan-

te?”. Tal actitud es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta. Se trata de una actitud autodestructiva porque “el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se volvería insoportable”» (Eg 275; 10). «Tenemos que salir de nuestra comodidad y atrevernos a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (Eg 20). El excesivo cuidado de nosotros mismos y de lo nuestro ha hecho surgir un tipo de comunidad apática, insensible a los nuevos proyectos evangelizadores del Espíritu.

b.2. La acedia es uno de los antiguos pecados capitales al que los antiguos monjes prestaban muchísima atención. La acedia viene descrita como «un descontento crónico que seca el alma» (Eg 277); es «egoísta» (Eg 81) «paralizante» (Eg 81), produce un cansancio tenso, pesado, insatisfecho, no aceptado (Eg 82); y se cae en ella por no saber esperar, por querer dominar el ritmo de la vida, por el deseo de un «inmediatismo ansioso» que no tolera «alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz» (Eg 82).

Las personas afectadas por la acedia –laicos, consagrados y sacerdotes– revisten su vida en un «gris pragmatismo». Se apegan a una «tristeza dulzona, sin esperanza», que es el «elixir del demonio» (Eg 83). La acedia vuelve a los evangelizadores «pesimistas, quejosos y desencantados» (Eg 85). La acedia genera desiertos espirituales, ambientes áridos.

La acedia es un virus que se nos inyecta en el alma. Produce en nosotros, los consagrados y consagradas, atonía, pérdida de tensión, sensación de vacío, aburrimiento, desgana, incapacidad de concentración, ansiedad del corazón, falta de esperanza.

La acedia de los evangelizadores bloquea todos los procesos de misión. La acedia tiene una gran toxicidad: produce disgusto, aversión, tedio, relajación, abatimiento, desánimo, embrutecimiento, pesadez, inestabilidad del cuerpo y del espíritu. Esta muerte del deseo resulta muy grave cuando afecta a quienes tenemos la misión evangelizadora como vocación.

b.3. La mundanidad espiritual. Consiste en «buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal, en cuidar la apariencia» (Eg 93). La mundanidad se expresa de formas diferentes (Eg 95–96); en última instancia consiste en «una tremenda corrupción bajo apariencia de bien» (Eg 97). Una terrible expresión de esta mundanidad son **las guerras internas dentro de la Iglesia.**

«Me duele tanto comprobar cómo... aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas».

Evangelii gaudium, 100.

Si a esto se añade la falta de «un fervor apostólico contagioso», podemos imaginar qué atractivo podrá tener en nuestro tiempo y ante nuestros contemporáneos una Iglesia así.

Aunque los desafíos son muchos y se debe imponer el realismo, no hay que perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada: «No nos dejemos robar la fuerza misionera».

C. Destino: *periferias* y nuevos escenarios

Una Iglesia en salida no es aquella que «corre hacia el mundo sin rumbo y sin sentido» (Eg 46). Sabe dónde va. Pero también le da mucha importancia al mismo camino.

«La Iglesia en salida ha de ser muy consciente de su destino que son las ‘periferias’ y los ‘nuevos escenarios’. Esto implica que la Iglesia debe des-centrarse, que lo suyo no es hacerse centro y funcionar desde el centro: “No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos”».

***Evangelii gaudium*, 49.**

Y si es centro, que lo sea como «centro de constante envío misionero» (Eg 28). A eso están llamados las diversas instituciones eclesiales: parroquias, escuelas, centros universitarios, centros de salud, instituciones sanitarias y cualquier otro tipo de institución. Pero no bastan las motivaciones humanas:

«Ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora [...]. Invoco una vez más al Espíritu Santo; le ruego que venga a renovar, a sacudir, a impulsar a la Iglesia en una audaz salida fuera de sí para evangelizar a todos los pueblos».

***Evangelii gaudium*, 261.**

D. La conversión pastoral

«Espero que todas las comunidades procuren poner los **medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera**, que no puede dejar las cosas como están. Ya no sirve una simple administración. Constituyamos en todas las regiones de la tierra un estado permanente de misión».

Evangelii gaudium, 25.

La conversión pastoral:

«Solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas las estructuras se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad».

Evangelii gaudium, 27.

La conversión pastoral no excluye, sino que **implica la conversión personal y también comunitaria**. Pero en este tiempo se hace necesaria una conversión pastoral que abarca también la reconversión de las estructuras, de los métodos, de los lenguajes. Esto requiere de la Iglesia particular entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma.

La conversión pastoral reclama de nosotros una **auténtica metanoia misionera: cambiar de mente, de visión**. La Iglesia nos pide vivir en permanente *estado de misión*, que no podemos perder de vista quiénes son los desti-

natarios de la Buena Noticia y cómo hemos de dejarnos configurar por una nueva perspectiva de misión.

La conversión pastoral no es una llamada al voluntarismo. Nadie se convierte a fuerza de puños, esfuerzos y programas. La conversión pastoral **tiene mucho que ver con dejarse seducir por el Señor**, con dejarse penetrar por el viento del Espíritu que hace respirar al mundo y nos hará también a nosotros ser testigos del Resucitado de otra manera.

La **conversión pastoral afecta a todas las dimensiones de nuestra vida** para que «se conviertan en cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, y no en cauce de autopreservación» (Eg 27). La pasión evangelizadora nos lleva a una revisión profunda de nuestras tradiciones, de nuestro estilo, también de nuestras agendas y horarios, de nuestro lenguaje. En todo caso, hay que evitar la introversión eclesial o religiosa, el hacer de la Iglesia el “centro” cuando tiene que ser Jesucristo.

E. «Desde el corazón del evangelio»: mensaje y testimonio

Existe una jerarquía de las verdades y una jerarquía de las virtudes (Eg 34 - 37).

La doctrina que transmitimos ha de conectar con el núcleo, con el corazón del Evangelio, que le da sentido, hermosura y atractivo (Eg 34). Ha de concentrarse en lo esencial, en lo más bello, grande y necesario (Eg 35). Debe existir una adecuada proporción en el anuncio del Evangelio. Y ello se advierte en la frecuencia con la que mencionan algunos temas y en los acentos que se ponen: «Hay desproporción cuando se habla más de la ley

que de la gracia, de la Iglesia más que de Jesucristo, del Papa más que de la Palabra de Dios» (Eg 38).

Y lo mismo cabe decir de la **predicación ética o moral**. Existe también una jerarquía de las virtudes: la virtud suprema es el amor de Dios, la misericordia, que es la manifestación de la gracia del Espíritu (Eg 37). Por eso, también se requiere una adecuada proporción en la predicación moral. Hay que hacer ver que todas las virtudes están al servicio de una respuesta de amor. Si la invitación moral no brilla con fuerza y atractivo, el edificio moral de la Iglesia puede caer en pocos minutos como un castillo de naipes. El mensaje moral ha de tener «olor a Evangelio» (Eg 39).

«Un corazón misionero nunca se encierra o repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva; sabe que él mismo ha de crecer en el Evangelio y en el Espíritu [...]. No renuncia aún con el riesgo de mancharse» (Eg 45). La docilidad al Espíritu nos pide vivir en un estado permanente de escucha, de oración, de atención a lo que el Espíritu nos inspira. No es fácil hoy «expresar las verdades en un lenguaje que muestre su novedad permanente» (Eg 41), pero es necesario. Deben cambiar las formulaciones, aunque no la sustancia. Es necesario que presentemos con vigor y convencimiento la belleza del Evangelio. Nuestra responsabilidad es grande.

F. La reforma de la Iglesia

f.1. La reforma de la Iglesia no consiste en barnices, palabras edulcorantes, buenas intenciones o renovación del decorado. La reforma de la Iglesia pasa necesariamente por la conversión personal. Es conver-

sión al Evangelio. Y es honda, densa, compleja, difícil, dolorosa y arriesgada. No olvida a los pobres, sino que cuenta con ellos; apuesta por las víctimas porque sabe que «fuera de los pobres no hay salvación».

f.2. La reforma de la Iglesia no es un encargo que tienen que llevar a cabo los cardenales, ni siquiera el Papa solo. La reforma de la Iglesia es un mandato del Señor, una nota distintiva de la misma Iglesia, una parte constitutiva e inherente a su propia esencia de sacramento y servicio al pueblo que debe afectar a todos.

f.3. La reforma de la Iglesia no es puntual, ni tangencial, ni pasajera, ni propia del momento que vivimos, o de tiempos invernales. La reforma de la Iglesia es constante, perenne, siempre inacabada porque la Iglesia del Señor Jesucristo es *semper reformanda*.

f. 4. La reforma de la Iglesia no la comenzó Francisco ni la terminará Francisco; ni es una novedad sospechosa, inusitada, imprevisible, sin partitura a seguir, hecha a base de caprichos y ocurrencias. La reforma de la Iglesia cuenta con el guión original del Evangelio, y la han alentado muchas mujeres y hombres, a veces desde el silencio: Catalina, Hildegard, Joaquin de Fiore, Francisco y Clara, Domingo, Teresa y Juan de la Cruz, Juan de Ávila, Erasmo, Rosmini, Newman, Maritain, Edith Stein, Foucauld, los teólogos del Vaticano II, Juan XXIII... ¡y tantos otros, anónimos!

f.5. La reforma de la Iglesia no admite mirar a nadie, seguir a nadie, guiarse por nadie, obedecer a nadie que no sea nuestro Señor Jesucristo. Es la última nota, que puede ser la primera y que está imbrica-

da en todas las demás. Solo Jesús es la referencia; la única referencia; el único a quien mirar a la hora de emprender, continuar, y nunca concluir la reforma eclesial. Por eso nos cuesta tanto y es, también con el papa Francisco, una reforma diferida con riesgos de aparcamiento de larga duración.

Capítulo II

Desde las insistencias y constantes repetidas por el Papa y desde las aportaciones que hemos hecho en nuestra revisión, nos comprometemos a **ofrecer un estilo evangelizador y misionero de actuación pastoral, concretado en unas propuestas positivas a poner en práctica** por nosotros como evangelizadores, en nuestras comunidades parroquiales, en nuestras unidades pastorales, en nuestros arciprestazgos y en toda la diócesis.

Son las propuestas que hemos expresado y compartido en nuestros consejos diocesanos, Presbiteral y de Pastoral. A través de su puesta en práctica, queremos renovar en nosotros el ánimo, la ilusión, el celo pastoral y el compromiso evangelizador y misionero y hacer que nuestra acción evangelizadora y misionera responda mejor a las necesidades que el hombre actual tiene; y que ayuden especialmente a los alejados de la fe a encontrarse con Jesucristo, conocerle y amarle. Para ello:

a. Queremos renovar nuestro trabajo pastoral introduciendo en él un estilo mucho más evangelizador y misionero, **priorizando aquellos campos y acciones destinadas a realizar el primer anuncio** con los métodos que consideremos apropiados.

Debemos dar a la **evangelización de la familia** la prioridad que merece porque ella es el espacio más importante en el que se comienza a creer, donde se afianza, se fortalece y se valora la fe y, sin ella, difícilmente los miembros de las familias podrán crecer ni madurar como creyentes.

Vemos igualmente priorizar en nuestra tarea pastoral todo lo referente a **la promoción de los laicos como evangelizadores**, preparándolos para que asuman su tarea evangelizadora y misionera especialmente en los campos que les son propios: la familia, el trabajo, la política, etc., y que no necesiten de la presencia del sacerdote que está detrás de ellos, sino que sean capaces de desarrollar su tarea por sí mismos. Darles *cancha* en el trabajo pastoral los ayudará a insertarse en la tarea evangelizadora que tienen como bautizados y a adquirir una conciencia de corresponsabilidad de cuanto suceda en la Iglesia.

Igualmente nos exige a nosotros, como sacerdotes, ofertarles un plan de formación y animar a que participen en él, especialmente en el que ofrece la diócesis desde el Instituto Diocesano de Teología y desde las delegaciones, como algo muy importante para todos ellos. Ofertarles también desde las parroquias el estudio de su identidad y de su misión, tan bien diseñados en documentos tales como la exhortación apostólica *Christifideles laici*, y el documento de los obispos españoles: *Cristianos laicos, iglesia en el mundo*.

Los laicos han de sentirse llamados a participar, y nosotros hemos de animarlos a que lo hagan, en los espacios vitales en los que sus hijos se educan, en los que los padres puedan exigir el tipo de educación cristiana que quieren para sus hijos; llamados a ser testigos de su fe, de los valores cristianos, y de la defensa de los mismos en el ejercicio de sus propias profesiones: en los campos de la salud, la enseñanza, la industria, la agricultura y allí donde se defienden sus derechos cívico-sociales y profesionales.

También la situación de nuestro Seminario mayor y menor y lo que nos espera en unos años si no ponemos remedio desde ahora. Es el **cultivo, la búsqueda, animación y promoción de las vocaciones sacerdotales**, desde nuestra vivencia alegre de nuestro sacerdocio, animando a las familias a que apoyen la llamada de Dios a sus hijos por este camino del sacerdocio, y haciendo la propuesta vocacional explícita por nuestra parte a jóvenes de nuestras parroquias.

Otra prioridad muy importante es el **mundo de los alejados**, al que sentimos que no llegamos con nuestra acción evangelizadora tal como la estamos haciendo.

Vemos la necesidad de acercarnos y buscar nosotros, como agentes de evangelización misionera, a todos aquellos que no creen porque nunca creyeron; a aquellos que en otro tiempo creyeron, pero hoy la fe nos les atrae ni dice nada, y a cuantos han hecho de la fe algo a su medida, para anunciarles a Jesucristo y ayudarles a comprender que Dios está pendiente de ellos y los quiere, aunque ellos lo tengan olvidado

Esta realidad reclama de nosotros la puesta en práctica **de todas aquellas acciones pastorales que nos faciliten el contacto con ellos y el anuncio de Jesucristo**. Aprovechando la oportunidad que nos da la preparación para el bautismo de sus hijos en sus propias casas; el acompañamiento que podemos ofrecerles con motivo de acontecimientos familiares ya sea alegres o tristes, porque hoy hemos de acercar la Iglesia a sus casas y a su vida y no esperar a que sean ellos los que se acerquen a la Iglesia porque no lo van a hacer.

b. Necesitamos que nuestra vida y ministerio como sacerdotes **esté inserto, arraigado y centralizado en Cristo.**

Para que nuestro ministerio sacerdotal esté inserto, arraigado y centralizado en Cristo y sea Él quien anime, alimente y fortalezca nuestro ardor y nuestra entrega ministerial es absolutamente necesario que cada uno **tengamos y tratemos de vivir plenamente un plan personal de cuidado y cultivo de nuestra fe**, que incluya la vivencia de **una vida de oración seria y una vivencia de los sacramentos, sobre todo de la eucaristía y del perdón.**

Este plan del cultivo personal de nuestra fe **hemos de revisarlo con una cierta regularidad con otro sacerdote** que nos acompañe en nuestro planteamiento creyente, que nos ayude a crecer en la vivencia de nuestra fe, nuestra oración y nuestra adhesión e inserción en Cristo. Solo desde este cultivo de nuestra vida espiritual lograremos una entrega alegre y sincera a nuestro ministerio, y encontraremos sentido a nuestra entrega total a Cristo y a la evangelización de aquellos que Él nos ha confiado.

Sintámonos animados a trazarnos este **plan personal** de crecimiento y maduración auténtica de nuestra fe personal, desde la que viviremos con mucha más entrega nuestro ministerio sacerdotal y sus exigencias. Su revisión con otro sacerdote nos animará y exigirá la vivencia de todo lo que nos pide nuestra fe: una fe madura y nuestra entrega sacerdotal en el ministerio.

c. Creemos muy importante el cultivo de **la fraternidad entre nosotros los sacerdotes, el apoyo de unos a otros**

y un trabajo pastoral mucho más de conjunto y conjuntado y de unidad entre todos.

El cultivo de esta fraternidad, el apoyo y la unidad entre nosotros como compañeros y sacerdotes, constituyen algo realmente esencial del estilo evangelizador y misionero con el que hoy hemos de vivir nuestro ministerio sacerdotal.

Esta fraternidad, apoyo de unos a otros y unidad de acción entre nosotros, nos vienen reclamadas desde distintos ángulos:

- Desde **Cristo mismo y su mensaje;**
- desde **nuestras mismas comunidades cristianas;**
- desde **el papa Francisco en su *Evangelii gaudium*.**

Desde Cristo mismo y su mensaje

Como seguidores de Cristo que somos tenemos un mandamiento nuevo que cumplir: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 12-13). «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 35).

«Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda» (Mt 5, 23-24).

Desde nuestras mismas comunidades cristianas

Tanto los creyentes como los no creyentes de nuestras parroquias, de nuestras comunidades cristianas, tienen los ojos puestos en nosotros y en nuestros comportamientos como sacerdotes.

Tanto creyentes como increyentes nos reclaman, para creer en nosotros y en el mensaje que les transmitimos como sacerdotes, que seamos personas que nos queramos, que nos apoyemos, que nos ayudemos. Es decir, que la hermandad y la fraternidad que predicamos para ellos la encuentren hecha realidad en nosotros y en nuestra vida de relación con el resto de los sacerdotes.

Este es el **primer signo de credibilidad** de ese amor que predicamos a los demás como enseña de la identidad de los seguidores de Cristo: que lo vivamos nosotros.

¿Cómo van a creer el mensaje de amor de Cristo que tratamos de transmitirles para que ellos se amen como el Señor nos dejó como testamento en el *mandamiento nuevo* si ven que nosotros no nos queremos, que hablamos mal los unos de los otros, que nos tenemos envidia?

Si queremos que los creyentes e increyentes den fiabilidad y valor a nuestro mensaje, a nuestras palabras y a nosotros mismos, necesariamente tenemos que darles pruebas de nuestro aprecio y no de nuestros desprecios, de nuestro amor y no de nuestros rencores, de nuestra fraternidad y no de nuestra enemistades.

Este es uno de los retos más importante que tenemos para la evangelización hoy en nuestra diócesis. Aunque nos cueste reconocerlo, en los pueblos y ciudades de

nuestra diócesis en los que hay varias parroquias, y por lo mismo varios sacerdotes trabajando en ellas, lo que más brilla en la relación entre compañeros sacerdotes, o al menos entre algunos compañeros, no es, tal vez, nuestro amor, nuestra fraternidad y nuestro apoyo, sino nuestra falta de amor, de fraternidad y de apoyo, nuestras críticas mutuas y nuestra falta de comunión.

Yo os animo a todos a que revisemos este aspecto tan importante en nuestra vida como cristianos, como evangelizadores y misioneros, y a que pongamos remedio a las situaciones de falta de fraternidad que a veces se da entre nosotros, porque la falta de fraternidad cuestiona nuestra fe e interpela nuestra fecundidad ministerial. Sin nuestra fraternidad, sin nuestro amor y apoyo mutuo, el mensaje que transmitimos no goza de fiabilidad ni credibilidad. Nuestro ministerio nos pide, para ser fiables y creíbles, que seamos consecuentes y que lo que predicamos a los demás lo vivamos entre nosotros. Si no nos convertimos en charlatanes y nuestro mensaje en discurso vacío.

Desde el mensaje del papa Francisco en la *Evangelii gaudium*

El Papa reclama esta fraternidad con toda claridad:

«A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: “En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros” (Jn 13, 35). Es lo que con

tantos deseos pedía Jesús al Padre: “Que sean uno en nosotros [...] para que el mundo crea” (Jn 17, 21). ¡Atención a la tentación de la envidia! ¡Estamos en la misma barca y vamos hacia el mismo puerto! Pidamos la gracia de alegrarnos con los frutos ajenos, que son de todos».

Evangelii gaudium, 99.

«Me duele tanto comprobar que en algunas comunidades cristianas y aún entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odios, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa y hasta persecuciones que parece una implacable caza de brujas. ¿A quien vamos a evangelizar con estos comportamientos?».

Evangelii gaudium, 100.

Pongamos cuanto esté en nuestras manos y pidámonle muchas veces al Señor que reine la fraternidad entre nosotros; que seamos capaces de desechar cuanto se oponga a nuestra identidad, que nos hace hijos de un mismo Padre y hermanos entre nosotros, en nuestra vida ministerial. La fraternidad que se nos reclama desde todos los espacios de nuestra vida para ser verdaderos evangelizadores y misioneros. Sin nuestra fraternidad sacerdotal, el mensaje que transmitimos a nuestras comunidades como algo esencial para creer en Jesús, perderá toda su credibilidad y fiabilidad y estaremos siendo testigos de que nosotros no vivimos lo que predicamos.

d. Otro esfuerzo necesario como reto muy importante a lograr entre nosotros y en nuestro actuar pastoral es **tratar de lograr una unidad de criterios en los distintos campos y sectores de actuación.**

Es el mismo Cristo el que, cuando está pidiendo por sus apóstoles en la oración sacerdotal, eleva al Padre esta oración: «Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21).

No se trata de actuar con uniformidad, pero sí con unidad en lo fundamental y, especialmente en las exigencias de la evangelización actual de nuestro mundo. Esto por varias razones:

1. Porque con la disparidad, la –no unidad de criterios, actitudes y exigencias– estamos desorientando a los fieles, que se preguntan: ¿Por qué unos piensan y actúan con unos criterios, actitudes y exigencias, mientras otros lo hacen con otros totalmente distintos? ¿A quién creer y qué seguir en nuestra vida cristiana hoy?

2. Porque cuando en nuestro actuar se da esa disparidad de criterios estamos dificultando el actuar de los demás sacerdotes cuyos criterios se ajustan a los del estilo evangelizador que hoy están pidiendo las circunstancias creyentes y la vida de fe que están viviendo nuestros fieles.

3. Porque nadie está «por encima del bien y el mal» ni tiene derecho a poner su propia voluntad y su propia manera de actuar y de entender las cosas por encima o ignorando lo que nos pide el estilo evangelizador y misionero que propone la Iglesia universal, la Iglesia

diocesana y la situación en la que viven hoy muchos de nuestros fieles la vida de fe.

Debemos hacer todos un esfuerzo de unir fuerzas para actuar en unidad y no dar la impresión de que somos francotiradores cuya opinión y modo de actuar está por encima de todo otro criterio que no sea el propio, venga de donde venga, de la Iglesia Universal, o de la diócesis o de las exigencias y formas de la situación actual en la que los cristianos hoy tratan de vivir su fe.

Esta unidad de acción nos está pidiendo en la diócesis que cada curso se actualice la normativa diocesana y que cada arciprestazgo, cada parroquia y cada sacerdote perteneciente a la diócesis, se sienta urgido, como signo de comunión con la Iglesia universal y particular, a cumplir fielmente la misma, en orden a lograr esta unidad de criterios de actuación entre todos los sacerdotes de la diócesis.

e. A los alejados de la Iglesia especialmente, y a todos los que acudan a la misma en busca de ayuda, de consejo, para pedir un servicio o, simplemente, para que se les escuche, debemos mostrar con ellos, por parte de todos los agentes de la evangelización **una buena acogida de sus personas y sus problemas**, como actitud imprescindible para evangelizar hoy, que les demuestre que la Iglesia está interesada en sus personas y en sus problemas y que, en la medida de lo posible, busca y ofrece soluciones a los mismos.

Tener una excelente acogida de brazos y corazones abiertos hacia el que acude a nosotros no quiere decir que tenga que ser una acogida que prescinda de toda exigencia.

Con una acogida de brazos y de corazones abiertos tendremos preparado el terreno para explicar que lo que se solicita o pide lleva consigo unas exigencias que deben cumplirse, que él debe aceptar de buena gana.

Hemos de evitar que los que acuden a nosotros tengan la sensación de que cada uno actúa solo desde lo que se le ocurre sin tener en cuenta los criterios de la Iglesia, la diócesis o los acuerdos del arciprestazgo.

Cuando entre los sacerdotes se da esta disparidad de criterios, en determinadas actuaciones y con determinados temas, estamos **desconcertando a los fieles** que acuden a nosotros, porque no van a saber a qué criterio atenerse. **Se lo vamos a poner difícil a los demás sacerdotes** que cumplen lo que la Iglesia pide y, desde luego, **no vamos a vivir la comunión con la Iglesia ni con la diócesis** cuando nuestra opinión la consideramos por encima de lo que la Iglesia o la diócesis nos pide.

Esforcémonos todos por cuidar una auténtica y buena acogida de todo el que acude a nosotros, pero seamos fieles a nuestros acuerdos, y a lo que nos pide la Iglesia tanto universal como particular.

f. Tanto para lograr una buena fraternidad entre nosotros, como para ayudar a los laicos a que se comprometan y se sientan corresponsables de la acción evangelizadora de la Iglesia, como para lograr esta unidad de criterios es necesario que **abandonemos los parroquialismos** y nos abramos a un trabajo pastoral de **unidad pastoral** con otros y con otras parroquias. Un trabajo pastoral mucho más **arciprestal** y mucho más **comunitario**, en el que tengan cabida los religiosos y los laicos,

con los que debemos contar siempre, para llevar adelante la tarea evangelizadora y misionera que la Iglesia nos ha encomendado.

Las parroquias no deben ser islas que se organizan desde lo que se le ocurre a cada sacerdote, ni que la única preocupación de un sacerdote sea solo su parroquia. Todos estamos en el mismo barco y todos tenemos una misma meta y el mismo encargo. Cuanto más ayuda nos ofrezcamos, cuanto más trabajemos juntos, cuanto más conjuntada sea nuestra pastoral, mayor fruto será el que consigamos.

Unamos fuerzas y **compartamos lo que hacemos** cada uno en la propia parroquia o unidad pastoral que tenga asignada, con los demás sacerdotes que tienen también su parroquia o su unidad pastoral, especialmente desde el arquiprestazgo.

Compartir nuestros esfuerzos, nuestras ilusiones, nuestro ardor pastoral, todos cuantos hemos sido elegidos por el mismo Señor, que hemos recibido la misma misión y que tenemos el mismo encargo de llevar el mensaje salvador de Cristo a todos los hombres y mujeres del momento actual, hará fructificar mucho más nuestros esfuerzos y nos hará sentir el apoyo y la compañía de todos los demás, que se entregan a la misma tarea a la que nosotros estamos entregados.

g. Tanto a la hora de hacer el primer anuncio como a la hora de exponer el mensaje cristiano a nuestros fieles, sentimos la necesidad de **cuidar con verdadero esmero las homilías y las formas de comunicación**, que deben estar caracterizadas por la sencillez en el lenguaje y por una buena comunicación.

Para lograr esta buena comunicación en las homilías, y en general siempre que nos dirigimos a los demás, hemos de prepararnos bien, dedicando el tiempo que sea necesario a la preparación de lo que les vamos a decir; rezando los textos personalmente antes para enriquecer nuestras palabras con lo que nos dice a nosotros el Señor en la oración e, introduciendo, a la hora de transmitir el mensaje de fe, nuestra propia experiencia y vivencia de fe.

También nos ayudaría a lograr este objetivo una buena formación e información sobre los medios a poner en práctica para lograr una buena comunicación y esto hacerlo ya desde el seminario.

Revisemos nuestras homilías y la trasmisión del mensaje salvador de Cristo a los hermanos. Veamos cómo nos preparamos y, por respeto al mensaje mismo y a las personas a las que va dirigido, pongamos todo nuestro esfuerzo en prepararnos cuanto más mejor.

h. Hoy, que la nueva evangelización nos pide nuevos métodos, nuevas miradas a la realidad, nuevos lenguajes que conecten con el lenguaje del hombre actual, sentimos la necesidad de una **mayor comunicación entre nosotros de lo que hacemos y de lo que tenemos un resultado satisfactorio; una mayor coordinación entre las parroquias y una potenciación de la creatividad.**

Necesitamos tener una **mayor comunicación de experiencias parroquiales entre nosotros**, experiencias que están funcionando bien en la parroquia o unidad pastoral a la que pertenezco y las que tienen los compañeros en otras parroquias que yo tal vez no conozco.

Tantas veces nos sucede que, el que ha puesto en práctica unas determinadas experiencias las está experimentando y sabe que le están yendo bien, no las comunica por pudor a que se le tache de orgulloso o de querer dar la impresión de que él es más que nadie. Por otra parte, quien no las conoce y, por lo mismo, no las está experimentando, no se atreve a pedir explicación al que sabe que las utiliza y le están sirviendo, para no hacerse de menos, para no dar la impresión de que es menos capaz que quien las está experimentando.

Es necesario que compartamos con toda la normalidad lo que hacemos y cómo lo hacemos y que todos nos podamos enriquecer de los demás.

Necesitamos, igualmente, que nuestra pastoral **no sea la de siempre**, sino que sea una **pastoral creativa**, que responda más y mejor a las necesidades y lenguajes del hombre actual.

Lograr esta mayor creatividad que exige la nueva evangelización nos está pidiendo que programemos y revise-mos con las parroquias de una misma unidad pastoral, o de un mismo arciprestazgo, porque creativo cada uno es lo que es. Si se programa y se revisa conjuntamente, desde dicha programación y revisión es mucho más fácil acertar conjuntamente las líneas a cultivar y priorizar con más urgencia. Los modos desde donde cultivarlas y priorizarlas, y los métodos a utilizar para conseguirlas.

i. Una de las notas más importantes que el papa Francisco destaca en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, como característica que identifica a la Iglesia actual para cumplir su tarea evangelizadora y misionera, es ser **una Iglesia en salida**.

Para lograr ser esta Iglesia en salida debemos poner en práctica aquellas acciones que tenemos ya iniciadas en la diócesis en virtud de las cuales, y por medio de ellas, estamos llevando la Iglesia a las casas, y no estar esperando a que vengan ellos a nosotros, que no van a venir.

Entre estas acciones en salida tenemos a nuestro alcance las catequesis prebautismales en las casas de los padres que piden el bautismo para sus hijos, acomodándonos nosotros a ellos y no ellos a nosotros en horario, etc.

Si queremos lograr una Iglesia en salida, hemos de perder el miedo a ir a los domicilios de nuestros feligreses, a los que es necesario visitar para ofrecerles lo que tenemos en la parroquia y en lo que ellos puedan participar, que no lo conocen; interesarnos por los problemas de sus familias y estar cercanos a ellos, hacernos presentes en momentos de alegría o de dolor por los que pasa cada familia y un largo etcétera.

Os animo a todos a que todas estas realidades que sentimos como necesidades y que hemos manifestado como importantes para hacer de nuestro trabajo pastoral un trabajo más evangelizador y misionero, si cada uno ponemos de nuestra parte lo que sea necesario para lograrlo, os aseguro que nuestra evangelización y nuestro ministerio pastoral ira adquiriendo poco a poco otro tálante más evangelizador y misionero.

No quiero que nadie interprete este documento como unas ocurrencias del obispo, aunque participe plenamente de ellas porque personalmente las creo muy importantes, imprescindibles y necesarias para nuestro quehacer pastoral en el momento presente.

Me gustaría que nos viéramos todos reflejados en este documento. Es el resumen, hecho propuestas positivas y ofertas comprometidas, de todo lo que todos hemos expresado en las seis sesiones de los consejos tanto Presbiteral como Pastoral. En ellos nos hemos dedicado a releer, remirar y revisar nuestra acción pastoral en nuestra diócesis con el fin de trazarnos juntos toda una serie de necesidades y modos de actuar, para cubrir las carencias más importantes de nuestra acción pastoral, para que esta sea realmente evangelizadora y misionera.

Por otra parte, al hacer esta revisión que hemos hecho durante estas seis sesiones de ambos consejos, no hemos intentado otra cosa que aproximarnos al estilo evangelizador que el papa Francisco nos pide a toda la Iglesia. Esto quiere decir que nosotros no queremos hacer oídos sordos a sus ruegos y sugerencias, sino que, con nuestra revisión y nuestras propuestas, queremos aproximar, lo más posible, nuestro estilo evangelizador al estilo evangelizador de toda la Iglesia.

Así estaremos haciendo realidad nuestra comunión con la Iglesia universal y con nuestra Iglesia particular de Ciudad Real que, desde el convencimiento del obispo que os preside y el interés y el esfuerzo de todos los evangelizadores, queremos vivir y reflejar en nuestro estilo evangelizador cuanto el Papa nos dice sobre cómo debe ser nuestra conversión tanto personal como pastoral.

Que María, la madre de los sacerdotes, nos ayude e interceda por nosotros y, como ella, sepamos y acertemos a responder con generosidad a lo que nuestra vocación de evangelizadores nos está pidiendo en el momento actual.

 Gerardo Melgar Viciosa
Obispo Prior de Ciudad Real